

22.º Deformado algún tanto el ladrillo de este número, tiene estropeada una de sus letras, y en él se lee el final de la aleya 107 de la *Sura X*, diciendo:

... الغفور الرحيم

... el indulgente, el misericordioso

23.º Es un fragmento que parece intencionalmente cortado para alguna esquina ó vuelta del alero, y nada puede obtenerse de los signos que ostenta, mientras el

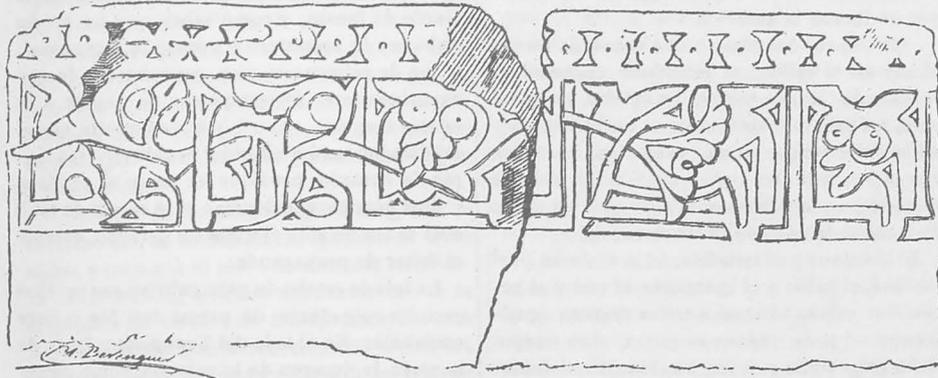
24.º, ofreciendo destruido el comienzo de la leyenda, sólo contiene las siguientes palabras de la aleya 159, *Sura II* del Korán:

... في خلق...

... en la creación.

25.º Como más elegante y de mayor importancia artística que los anteriores, he

dejado para lo último éste, que se muestra partido en dos fragmentos, y que es muy interesante, así por la faja de adorno que sobre la inscripción ostenta, cual por las hojas y los vástagos que forman el ataurique sobre el que destacan los elegantes signos de la leyenda, y por el dibujo de ésta, el cual autoriza el supuesto de ser semejante producto fruto de mudejarse industria, guardando grandes y muy señaladas analogías con el trozo de arrocabe que procedente del *Nuncio* en la misma Toledo, posee el *Museo Arqueológico Nacional* con verdadera estima. Por desgracia, y confieso en esta parte la esterilidad de mis esfuerzos reiterados, la citada leyenda no resulta, á mi entender, legible, ó no lo ha sido para mí, pues sobre que notoriamente no es koránica, parece ser aljamiada, y en este caso, y por un solo fragmento no es cumplidero el propósito de su total inteligencia.



No otro es el resultado del estudio paciente que acabo de hacer, y cuanto se me ocurra por ahora acerca de los ladrillos con inscripciones que posee ese *Museo Provincial*, y de los cuales tenía antiguos apuntes propios, y dibujos que me fueron facilitados por el que fué Arquitecto de esa provincia, mi buen amigo el Sr. D. Mariano López Sánchez. Mucho celebraré, querido Perico, que te pueda servir de algo el trabajo para el que estás en la actualidad realizando, como conservador del mencionado Museo.

Por lo que hace á los azulejos que decoran la cúpula de la capilla de San Jerónimo, y de que tenía conocimiento por el entendido ceramista Sr. Osma, debo desde luego de declararte que son mudejares y ya del siglo XV algo avanzado; se hallan las desdibujadas inscripciones que ostentan, en caracteres cursivos africanos, y demuestran que el artífice ya apenas conocía el árabe, ó que no sabía lo que dibujaba, tomándolo cual mero exorno. En el primero de que me envías apunte, quiso escribirse dos veces la frase elíptica:

اليس لك

La felicidad [sea contigo]

En el segundo, y en igual linaje de signos, está la palabra anterior y el principio de otra con que forma frase en los epígrafes murales de la Alhambra y en los mudejares de Sevilla, Córdoba y Toledo, diciendo:

اليس والقبال

La felicidad y la pros [peridad]

En el tercero, que consta de dos líneas, se quiso escribir lo mismo: en la inferior la

frase precedente, y su terminación repetida en la superior. En cuanto al trozo de yesería que me dibujas en tu carta, podría pasar por un Y cúfico sin significación; pero debe ser la palabra بركة en caracteres cursivos las dos primeras sílabas, y en sitio que no me determina tu apunte, y en cúfico-florido ornamental los dos restantes, según es vulgar en los epígrafes.

Deseando de nuevo que te sirva de algo este ligerísimo estudio, sabes que, como siempre, soy tuyo afectísimo amigo y seguro servidor q. b. t. m.,

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

Hoy 2 de Julio de 1889, Madrid.

LA FIESTA EN UN LUGAR

—¿Quieres venir á la función de mi pueblo?

—No tengo inconveniente alguno; antes al contrario, te agradezco mucho la invitación porque me proporciona el placer de conversar con tus padres, tan buenos, y con toda tu familia, á la que siento tal inclinación que me hace mirar la como cosa propia.

—Dios te pague el cariño que demuestras, y en verdad te diré que sentiría muchísimo que sólo por darme gusto te violentaras; pero antes debo advertirte que la casita que tenemos no es cómoda, limpia sí, porque mi madre, á pesar de estar tan enferma y sin gusto para nada, es la mismísima limpieza y mi hermana Pepa casi una cargantona en este punto.

—No puedes figurarte lo simpática que me es tu pobrecita madre; aunque no la he visto más que una vez, me interesa mucho, porque sufre

mucho con su pícaro dolencia y á ella atribuyo lo frío del recibimiento que me hizo cuando fui á darle la enhorabuena por tu ascenso.

—No, hombre, no: no tienes razón al decir que te recibió con frialdad: te recibió cuando sufría un acceso del mal; pasado éste volvió á recobrar algo de su carácter alegre y ya verás cuan distinta se presenta ahora que está más aliviada.

—Pues no hay más que decir. Mañana vamos allá.

Así hablaban dos amigos que, á pesar de tener ideas opuestas, se amaban entrañablemente porque cada uno veía en el otro cualidades dignas de imitación, y como pensaban con juicio y buen seso, no estaban influidos por ningún fanatismo; consideraban al hombre, en primer lugar, por sus cualidades morales y muy en último por las intelectuales. Ambos estaban convencidos de que no hay nadie dueño de sus ideas sino de que todos somos sus esclavos.

Los dos representaban el ideal cristiano, la fraternidad.

Juan, creyente firmísimo; Félix incrédulo, uno y otro tolerantes sin abdicación alguna.

Ni por casualidad, ni por broma rebatió Félix á Juan nada de lo arraigado en el corazón de éste; antes al contrario, envidiaba su acrisolada fe, porque la veía como inagotable manantial de consuelos y esperanzas.

Juan creía que su amigo querido no podría ser feliz sin profundas ideas religiosas, y con habilidad y amor, cual cumple á quien quiere atraer á su campo, noblemente, al adversario, le hacía algunas insinuaciones y se esforzaba por llevar el convencimiento á aquel cerebro rebelde: la voluntad del esclavo Félix era sublevarse contra su opresor, lo intentó en vano en mil ocasiones; quería creer, miraba á su amigo Juan como á hombre superior, le oía con embeleso, pero no podía pensar como él. Cuando sostenían alguna conversación en que el creyente hacía esfuerzos titánicos para convencer al incrédulo, éste le escuchaba con recogimiento, no quería perder ninguna de las frases y terminaba siempre diciendo: «Juan: no te canses: soy impotente contra la loca de la casa: me domina como un gigante á un pigmeo; me sucede lo que á la rubia que quiere ser morena, rabia y pateo, pero sigue rubia.

II

Llegados al pueblo los dos amigos cuando se ponía el sol, cambiados con efusión los abrazos entre padres é hijo, hermano y hermanos, Félix, que contemplaba extasiado aquel hermosísimo cuadro, estrechó con respeto y cariño las manos de aquellos padres, saludó con cara placentera á los hermanos mayores y repartió sonoros y dulces besos á la gente menuda.

Bueno y complaciente era Juan con su amigo: tanto demostraba quererle, que éste le pagaba con largueza su cariño.

Sonaron algunos estampidos en el aire, pusieron en movimiento los jóvenes y á la plaza encaminaron sus pasos. Allí estaba todo el pueblo esperando la música que pronto debía llegar.

¡Ya están ahí!—gritó una veintena de chicos que, al entrar corriendo, atropellaron á todo el que encontraban á su paso.

—¡Maldiceo Rufo!—gritó una vieja que sentada en una piedra esperaba el comienzo de la fiesta.—Ha visto V., señá Casilda, qué descosido me ha hecho en la falda ese maldingano de chico?

—Pues á mí—contestó la tía Macaria—por poco me deja de caer el Joaquín de la Dorotea.—¡Ya, ya! Le digo á V. que no debía de haber muchachos.

Y así, á este tenor, mil y mil quejas y buena